



CAPÍTULO V

De Nazaret á Belén.

I

SE promulgó, dice el Evangelio, un edicto de César Augusto, mandando empadronar á todo el mundo. Este fué el primer empadronamiento hecho por Cirino, gobernador de la Siria; y todos iban á empadronarse, cada cual á la ciudad de su estirpe. José, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, á la ciudad de David llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María su esposa, la cual estaba en cinta (1).

El ministerio de José comienza á desarrollarse entre las grandezas de la Encarnación. ¿Grandezas hemos dicho? Sí, lo son á los ojos del Señor y según la enseñanza de la fe cristiana.

La obediencia es un obsequio verdaderamente agradable á Dios; porque le ofrecemos lo más

(1) Luc., II, 1-5.

noble de nuestro ser y lo que más amamos, la inteligencia y la voluntad.

Dios lo manda, y quien le obedece perfectamente, cautiva su entendimiento, según la expresión del Apóstol.

Tal cautiverio consiste en impedir que, altanera y soberbia, se levante nuestra inteligencia oponiéndose á las disposiciones divinas, prefiriendo nuestro juicio á la ciencia infinita de Dios.

Por ese cautiverio tenemos que decir: Dios es la verdad, es la suma inteligencia; y quien le sigue no anda en las tinieblas, sino en la luz. Y esto no sólo en aquello que nos es agradable, sino también en lo más repugnante á la naturaleza humana. ¡Quién me diera, decía Job, que fuese otorgada mi petición y me concediese Dios lo que tanto deseo! y el que ha comenzado á herirme acabe conmigo, deje caer su mano y corte mi vida. Sería mi consuelo que, sin perdonarme, me afligiese con dolores, y que yo no me oponga á los decretos del Santo (1).

Ese cautiverio abarca todos los sucesos de la vida y todas las disposiciones del Eterno, porque su verdad y su esencia son infinitas, y á todos extiende su providencia paternal y amorosísima.

¿Cómo oponer á la luz de la ciencia divina, la debilidad y las tinieblas de nuestra limitada y pobre razón? ésta misma, si así lo hiciésemos, probaría nuestra conducta.

Por la obediencia rendimos á Dios nuestra vo-

(1) VI, 8-10.

luntad. Crió Dios desde el principio al hombre, y le dejó en manos de su consejo; le dió sus mandamientos y preceptos.—Si guardando constantemente la fidelidad que le agrada, quisieres cumplir los mandamientos, éstos serán tu salvación. Ha puesto delante de ti el agua y el fuego: extiende tu mano á lo que más te agrade. Delante del hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal: lo que escogiere le será dado (1).

El obediente renuncia á su propia voluntad por seguir la de Dios nuestro Señor; no sigue su propio consejo, sino el de Dios; escoge el bien y no el mal, la vida y no la muerte; pero todo lo hace libremente, por sujetarse al dominio soberano que Dios tiene sobre sus criaturas, por honrar la majestad del Eterno, por hacerse agradable á sus divinos ojos, en una palabra, porque le ama y quiere pertenecer enteramente á Dios.

El que obedece, no es á sus propios ojos sino un instrumento en manos del Señor, instrumento que, movido por la divina gracia, ejecuta con toda libertad cuanto Dios quiere, y lo encamina y ofrece á la mayor gloria de Dios; y de esta manera puede decir las siguientes palabras del Apóstol: Gracias á Dios que siempre nos hace triunfar en Jesucristo (2).

Ríndese á Dios el obediente, no sólo cuando el Señor le intima por sí mismo sus preceptos, sino también cuando lo hace por medio de aquellos

(1) Eccli., XV, 14-18.

(2) II. Cor., II, 14.

que le representan; porque la obediencia nos descubre la autoridad en su mismo principio y nos eleva hasta Dios. No obedecemos al hombre por sí mismo, sino á Dios cuya autoridad no se desvirtúa al intimarnos sus mandatos por medio de los hombres.

Los preceptos que los hombres nos intiman en nombre de Dios, serán acaso difíciles de cumplir, ó inoportunos; ó presentarán inconvenientes que no haya evitado la prudencia humana; en tales casos quien obedece con perfección, no resiste con tenacidad, ni desprestigia á los superiores con murmuraciones; levanta una y otra vez sus ojos al Señor y se entrega en manos de su santa voluntad.

Cuando el santísimo Patriarca tuvo conocimiento del edicto del Emperador romano, emprendió sin tardanza su camino para Belén. Muchas, sin duda, fueron las dificultades que tendría que vencer, pero ninguna logró detenerle: era un pobre y tenía necesidad de recursos, indispensables para un penoso y dilatado camino. María, su tierna y delicada esposa, se hallaba próxima á su divino alumbramiento. Sin embargo de todo esto, Dios, por medio del Emperador romano, disponía que José y su sagrada Esposa pasasen á Belén; y Dios tiene que ser obedecido en todo lo que manda, y José le obedece con prontitud y rendimiento, con toda voluntad y lleno de indecible gozo.

La Santa Familia caminando de Nazaret á Belén... contemplémosla un instante. El Hijo de Dios hecho hombre que descendió del cielo no

para hacer su voluntad, sino la de Aquel que le había enviado, cumple también la voluntad de los hombres. La Reina de los cielos y la tierra, lleva, como en celestial carroza, en sus purísimas entrañas al Hijo de Dios: *Plena Deo*, según la hermosa expresión de san León y san Bernardo.—José, el ejecutor de los divinos mandamientos, es quien ordena aquella marcha, triunfal y gloriosa, no á los ojos de los hombres sino á los de Dios, que contempla con agrado la obediencia de su Hijo Unigénito, y la de María y José.

No hacen el viaje los santos esposos con las comodidades que prestan las riquezas, ni van acompañados de espléndido cortejo; porque el Hijo de Dios no venía á enseñar el amor á los bienes temporales; y su vida santísima no había de deslizarse entre el fausto y la opulencia. Había de enseñar que las raposas tienen madrigueras, y la aves del cielo nidos; pero que el Hijo del hombre no tenía sobre qué reclinar la cabeza (1).

La pobreza había de ser sobre la tierra su compañera inseparable, y la muy amada de su divino corazón; por esto quiso que aquellos seres que le eran tan queridos, María y José, fuesen pobres de bienes temporales, para que éstos no ocupasen el lugar que correspondía á los bienes con que se había dignado enriquecerlos. Caminaba el santo Patriarca como en una contemplación no interrumpida, y pensaba en el amor de Dios á los hombres, á quienes había dado su Hijo unigénito;

(1) Matth., VIII, 20.

y era José el escogido para desempeñar un ministerio elevadísimo en los grandes designios de Dios relativos á la salud de los hombres por medio de la Encarnación de Jesucristo; y José comienza á desempeñar su sagrada misión conduciendo á la Madre divina de Jesús, á la ciudad de David, donde tendría lugar el divino alumbramiento de María.

La meditación de tan grandes misterios no impedía á José la solicitud más delicada y toda especie de atenciones y cuidados para evitar los riesgos del camino, y remediar las necesidades que se presentasen.

Alegre y bendiciendo á Dios, iba José en todo aquel viaje; porque servía al Señor y le llevaba consigo. ¿Qué tenía que temer? Dios le sostenía con su virtud omnipotente, dirigía sus pasos y le llenaba de consuelo.

En Belén José no halló posada, y tuvo que albergarse juntamente con María en una gruta, en el extremo de la población; gruta que quedó convertida con la entrada de la Santa Familia, en mansión de paz, en templo de gloria, en morada del Hijo de Dios.

José ¿dejaría de sentir la falta de hospedaje en la ciudad? Mas estaba lleno del Espíritu de Dios, se conformaba con su santa voluntad, y en todo veía las disposiciones de la Divina Providencia, sapientísimas y llenas de amor y de bondad. Nada, pues, llegó á turbar la paz y la serenidad de su alma. Dios así lo había dispuesto, y José adoraba con el más profundo rendimiento las disposicio-

nes del Señor. En aquella dichosísima gruta, la Virgen Santísima dió á luz á su Hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le recostó en el pesebre. ¡Cuánta elevación, y qué misterios tan sublimes atesoran esas palabras del Evangelio! La humildad y la pobreza reciben en brazos al que es el esplendor del Padre Celestial, al Unigénito que vive eternamente en el seno de Dios, á quien el Padre dice desde la eternidad: Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado; á quien bendicen y adoran sin cesar los ángeles del cielo.

¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios: cuán incomprendibles son sus juicios, cuán investigables sus caminos! ¿Hubiera pensado el mundo que el amor de Dios á los hombres le habría de humillar á tal extremo? Sin embargo de esto, Dios nuestro Salvador manifestó su benignidad y su amor á los hombres, dice el Apóstol; y nos ha salvado no á causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho, sino por su misericordia (1).

Benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei. Tales expresiones conmueven hasta lo más íntimo del corazón. No hay lengua que pueda expresar cuánta es la bondad que revelan, bondad que es enteramente incomprendible.

Un Niño que nace en la pobreza, y á quien su Madre santísima envuelve en pañales. Si la fe no nos revela quién es el Niño, en todo eso no vemos sino un acontecimiento que no puede llamar

(1) Tit., III, 4, 5.

la atención; pero ese Niño es el Hijo de Dios, es el Criador del cielo y de la tierra, es la admiración de los ángeles, es su gozo siempre nuevo, y es el objeto de sus adoraciones y alabanzas.

¿Podremos comprender la grandeza del amor que nos descubre, al aparecer entre nosotros tan lleno de benignidad y mansedumbre? ¿ó habrá corazón que no le ame si piensa en todo esto?

Así nos expresamos al referirnos á nosotros mismos; mas las palabras nos faltan si queremos decir lo que producían semejantes pensamientos en María y José. La pureza de sus almas, la abundancia de la luz del cielo y la presencia del Niño, eran para ellos espléndidos y ricos manantiales de conocimiento, de gracia y de amor; y la una y el otro, la Madre divina y su castísimo Esposo, bebían hasta saciarse en las caudalósísimas corrientes de esas aguas de vida y de salud eterna.

Creemos piadosamente que la Virgen Santísima después de adorar á su Hijo divino, le pondría en brazos de José, que le adora, y le ama, y le estrecha contra su seno.

Contempla José entre sus brazos al Hijo de Dios. La primera mirada del castísimo Patriarca lleva en sí misma una humildad profundísima, un amor abrasado y ardiente, cual ninguno ha sido después del amor de María á ese mismo Niño, y una gratitud llena de sinceridad y de dulzura.

Está José como fuera de sí mismo; está en el Niño que lleva en sus brazos. ¿Qué le dirá, ni qué podrá decirle, que no sea inferior á cuanto pasa en el fondo de su alma? Sus sentimientos para con

Jesús y el ardentísimo amor que le tiene, no pueden expresarse en el lenguaje de los hombres, porque se elevan sobre todo lo humano y terreno; y entre el Niño y José que le contempla lleno de amor y de ternura, no hay sino un hilo conductor de las palabras del uno y del otro, y éste es la gracia de un amor singularísimo: su ministerio de padre putativo que á ningún otro fué concedido. ¿Hasta dónde llegaba esa gracia, y cuál era el valor de tan asombrosa y singular prerrogativa? Esto es inefable; Dios lo conoce y lo ha revelado á José; pero recordemos lo que se dice en el Apocalipsis: Al que venciere le daré á comer un maná escondido, y una piedrecita blanca, que tendrá grabado un nombre nuevo, que nadie sabe sino el que lo recibe (1).

II

Todavía contemplemos un instante á José con el Niño Jesús entre sus brazos; en ellos le estrecha, hemos dicho, con inmenso amor; y este amor quiere desahogarse con nuevas expansiones: le dice mil ternuras, y quisiera introducirle en su mismo corazón; besa con humilde reverencia las manos y los pies del Niño, y una y otra vez le contempla enajenado.

Piensa luego en la majestad infinita de Jesús; y tiembla y quisiera retirarle y ponerle en manos

(1) II, 17.

de María; porque las miradas de ese Niño hacen temblar las columnas del Cielo, y los ángeles cubrense el rostro en su presencia por el brillo de su eterna majestad.—Sin embargo de esto, el Hijo del Eterno no ha venido al mundo para juzgarle, ni quiere emplear el terror de su justicia para convertirle, sino la benignidad de su misericordia y su apacible y celestial dulzura. Y vuelve José á las manifestaciones de su amor; y las miradas suavísimas del Niño le llenan de consuelos y delicias.

Si después le contempla envuelto en pañales y reclinado en el pesebre, las humillaciones del Hijo de Dios le descubren nuevos horizontes donde contempla otras maravillas del amor divino que le hacen prorrumpir en himnos de gloria, de alabanza y de dulces bendiciones. Así amó Dios al mundo, diría nuestro Santo, que le ha dado á su Hijo Unigénito, no en el esplendor de la grandeza, sino en las humillaciones de un pesebre. Está delante de mis ojos, envuelto en pañales, y es en todo semejante á los demás hijos de los hombres.

Tal era la vida de José en los dichosos días del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, en quien vivía y á quien estaba dedicado enteramente.

El Niño fué adorado por los pastores y los magos. Con respecto á los primeros, nos dice el Evangelio que el ángel del Señor se dejó ver junto á ellos, que la claridad de Dios los rodeó y que se llenaron de temor: No temáis, les dijo el ángel, porque os anuncio un gran gozo que lo será para todo el pueblo: Hoy ha nacido para vosotros el Salvador, que es el Cristo, el Señor, en la ciudad

de David. Os doy una señal: Hallaréis al Niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre. Y de repente una multitud de la milicia celestial juntamente con el ángel alababan á Dios, diciendo: Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.—Los pastores vinieron apresuradamente, y encontraron á María, á José y al Niño en el pesebre (1).

En cuanto á los magos, sabemos que vinieron del Oriente para adorar á Jesús y ofrecerle sus presentes; que entrando en la casa donde estaba Jesús, le hallaron con María su madre, y postrándose le adoraron, y abriendo sus cofres le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra (2).

José entretanto meditaba en su corazón las maravillas que Dios nuestro Señor iba realizando al aparecer sobre la tierra su Hijo Unigénito nuestro Señor Jesucristo. Los pastores y los magos le habían adorado en su cuna, y los ángeles habían cantado la gloria de Dios en las alturas. Comenzaba sobre la tierra el reinado de la justicia; recibían los judíos á su Libertador anunciado por Moisés y los Profetas, y pronto brillaría para el pueblo que moraba en las tinieblas una gran luz, luz que nacería para los que estaban sentados á la sombra de la muerte.

La gloria de Dios, el reinado de Jesucristo, y la salvación de los hombres, eran los objetos cuyo pensamiento llenaba continuamente el alma de

(1) Luc., II, 9-14, 16.

(2) Matth., II, 11.

José. Esas maravillas de la bondad de Dios, producían un verdadero incendio del más ardiente y abrasado amor, en nuestro querido Santo, que abría sus purísimos labios, y cantaba lleno de entusiasmo la gloria del Altísimo. ¡Oh, y cuántas veces, derramando lágrimas ardientes y rebosando en celestial dulzura, repetiría el canto de los ángeles: Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

No diremos que los pastores y los magos le enseñaran á conocer y amar á Dios y á ofrecerle dones; porque antes que ellos José le conoció, y le amó, y le consagró todo su afecto; y sin embargo lo que aquéllos hicieron con Jesús, fué motivo para el santísimo Patriarca de un inmenso gozo; y José se sentía muy feliz por la gloria de Dios y por la futura dicha de los hombres. El santísimo Patriarca, que tanto amaba á Jesús que le había escogido por su padre putativo, ¿pudiera tener otros deseos que la gloria de ese mismo Niño, y la eterna salud de los hombres que había venido á buscar mediante el misterio de su Encarnación?

Si de los pastores y los magos, José no tenía que aprender cosa alguna, poniendo sus ojos en la Madre divina de Jesús, descubriría, sin duda, los misterios más delicados y sublimes que en Ella realizaba la divina gracia, misterios de humildad y de pureza, de maternal solicitud, de amor y de ternura. ¡Oh, mil veces dichoso este santísimo Patriarca que sin cesar estaba contemplando ese amenísimo vergel de todas las virtudes, ese pa-

raíso de Dios cubierto de las más hermosas y lozanas flores de la santidad! Mil veces dichoso José, que también sin cesar aspiraba la delicada y celestial fragancia de esas flores.

José, como fuera de sí mismo, como suspendido en éxtasis divino, contemplaba aquellas maravillas, y en ellas la bondad de Dios que con tanta largueza y espléndida munificencia había derramado sus divinas gracias en el alma de María.

En la santidad y en las virtudes de su santa Esposa, hallaba una enseñanza de la más sublime y acabada perfección; enseñanza de que supo aprovecharse con una fidelidad incomparable. Por esto también José se nos presenta grande y sublime en la práctica de todas las virtudes, y modelo de toda santidad. ¿No conservaría en su corazón, el santo Patriarca, el recuerdo de los grandes misterios que había conocido, como lo hacía su Esposa inmaculada? Y esos recuerdos sacratísimos excitarían en El á cada instante los más elevados sentimientos del amor de Dios, pudiendo decir con David, que rebosaba de su seno el recuerdo exuberante y precioso de la suavidad de Dios (1); y que tenía que confesar que el Señor es suave para con todos, y que sus misericordias son sobre todas sus obras.

En Belén tuvo lugar la circuncisión de nuestro Señor Jesucristo, misterio en el que brillan juntamente la verdad de su humanidad santísima, y que El era del linaje de Abraham. Brilla también

(1) Psalm. CXLIV, 7-9.

su obediencia á la ley de Moisés, á la cual quiso sujetarse, á fin de enseñarnos con su ejemplo la obediencia á los preceptos del Señor. Asimismo en la Circuncisión se nos revela que el que había venido en la semejanza de la carne de pecado, no rehusaba el remedio instituido para purificar las manchas de la carne. Por último, en la Circuncisión el Hijo de Dios tomaba sobre sí la carga de la ley; porque Dios envió á su Hijo hecho bajo la ley para redimir á los que estaban bajo la misma ley (1), y realizar en nosotros la circuncisión espiritual, recibiendo la figura y cumpliendo la verdad.

No es dable comprender los sentimientos de María y José en el misterio de la Circuncisión; la obediencia, la humildad de Jesucristo, y su inmensa caridad hacia los hombres, les hablaban con la elocuencia del dolor, y con la efusión de la divina sangre.

Jesucristo se sujetaba á la ley de la Circuncisión, porque así lo quería su Padre celestial; porque no se perdonan los pecados sin efusión de sangre.

Estos misterios llenaban de nuevos esplendores las almas purísimas de María y José. Nada debe rehusarse á la obediencia; la humildad tiene que anonadarnos delante del Señor; y no debemos negar ni aun nuestra sangre por la eterna salud de los hombres. Siendo esto así, María y José ¿dejarán de interesarse vivamente por nosotros; de-

(1) Gal., IV, 4, 5.

jarán de amarnos; y no elevarán sus ardientes plegarias en favor de los hombres, hasta el trono de Dios?

Respecto de nosotros allí están la obediencia y la humildad; esta última para darnos el conocimiento de nosotros mismos, que no somos sino miserables pecadores á quienes corresponden el abatimiento, la confusión y los últimos desprecios de los hombres. Allí está la obediencia que nos exige el cumplimiento de todos los preceptos del Señor.

El Angel de Dios había dicho al santísimo Patriarca: No temas recibir á María tu esposa; porque lo que ha nacido en Ella es por obra del Espíritu santo. Dará á luz un Hijo á quien pondrás por nombre Jesús. Y José cumplió lo que el ángel del Señor le había ordenado. ¡Con qué veneración tan profunda, y con cuánta dulzura espiritual, saldría la vez primera el nombre de Jesús de los labios de nuestro Santo! Parécenos que meditando, en los grandes misterios de ese nombre, diría José: ¿Me atreveré á pronunciar ese nombre tan santo; nombre sobre todo nombre, y al cual se arrodillan el cielo, la tierra y los abismos? Si la humildad le inspiraba tales sentimientos, la obediencia se acercaba y le decía: No ocultes la luz que ha de iluminar los cielos y la tierra, ni encierres en tu corazón el bálsamo sagrado que derramará en el mundo el buen olor de Jesucristo; y José pronuncia ese nombre, más puro y hermoso que la luz, más dulce que la miel. Nombre lleno de virtud y de misericordia, de piedad y gracia; y

fuera del cual no hay otro alguno debajo del cielo, en que podamos ser salvos.

¡Oh santísimo Patriarca! Acordaos de vuestras grandes virtudes que tan agradable os hicieron á los ojos del Señor, y rogad por nosotros. Fuisteis modelo perfectísimo de obediencia, de humildad y pobreza; os ocupabais sin descanso en el servicio de Jesús y de María, y vuestro corazón los amaba con indecible ternura. No deseabais sino la gloria de Dios y la salvación de los hombres. ¡Oh, quién pudiera imitaros con toda perfección! Para poder conseguirlo, alcanzadnos los auxilios de la divina gracia. Dios atenderá vuestros ruegos, que siempre le son muy agradables. Hacednos obedientes á la divina ley y dóciles á las inspiraciones del Señor. Comunicadnos vuestro espíritu de pobreza, de oración y de celo por la divina gloria; y haced, en fin, que no vivamos sino para Jesús, para honrar á su divina Madre, y á Vos su esposo fidelísimo.

